

leza ayuda generosamente al hombre en este país; pero el hombre, á su vez, entra igualmente por mucho en el aumento de la producción. Otro pueblo, en iguales circunstancias que el argentino, tal vez se hallaría á estas horas pobre y estacionario, sin explotar sus tesoros. Las personas ayudan mucho á la tierra. Uno de los mejores elementos de producción ha sido la curiosidad que impulsó al estudio y al perfeccionamiento. Esa misma curiosidad es la que ha aconsejado á la República una acogida maternal para el extranjero, que tanto contribuye al engrandecimiento del país. Todas las naciones americanas tienen abiertas sus fronteras, y algunas hasta fomentan la inmigración con una costosa propaganda. Sin embargo, la corriente humana marcha directamente á la Argentina; el país de las curiosidades infatigables; la tierra de los galos sudamericanos, que abren su casa al viajero porque con él llega un eco de lo que se piensa al otro lado del Atlántico.

* * *

Un rasgo del carácter nacional, derivado de la curiosidad, es la impaciencia. No le bastan al argentino sus progresos actuales: necesita más, mucho más.

Y esta impaciencia, en fuerza de ser noble y patriótica, tiene á veces algo de inocente. Muchos argentinos exigen que en su país todo sea perfecto, y se indignan, y claman contra los gobiernos y hasta contra la misma nación si atisban algo defectuoso. Desean solucionar en su patria todos los problemas sociales, y se sulfuran cuando los encuentran sin resolver, como ocurre en los demás pueblos del planeta.



BUENOS AIRES. ESCALERA DEL TEATRO DE COLÓN

Los políticos enemigos del Gobierno lo atacan porque no representa á la opinión, ya que el sufragio, según ellos, no se ejerce puramente. ¡Ah, cándidos y entusiastas amigos! ¿Y en qué país del mundo, Monarquía ó República, no ocurre lo mismo? La pureza del sufragio es una ilusión, como tantas otras que nos ayudan á sobrellevar la vida. En casi todos los pueblos interviene la influencia gubernamental, siempre que se aparenta consultar la opinión pública por medio de las elecciones; y allí donde aseguran muchos que no se ejerce esta influencia (en Inglaterra y Estados Unidos, por ejemplo), interviene el dinero, y el honrado ciudadano vende su voto ú obliga á los candidatos á gastos enormes, lo que despoja al sufragio de su necesaria espontaneidad. Lo importante para un país joven es vivir próspero, desarrollarse progresivamente, así lo dirija un dictador, siempre que éste lo sea en sentido avanzado.

La pobre humanidad marcha á tientas por los pasillos de la Historia, cho-

cando con puertas cerradas. Cuando echa abajo una, con el estallido de una revolución, y cree tropezar detrás de ella con la Verdad, encuentra un nuevo corredor, igualmente oscuro, y al final otra puerta aun más fuerte. No se ha llegado todavía á la perfección en ninguna de las cuestiones morales que agitan al viejo mundo desde hace siglos. La justicia absoluta es una esperanza, hasta en las naciones de mayor adelanto moral. ¿Por qué buscar y exigir toda clase de perfecciones en un pueblo que casi acaba de salir de la niñez? . . .

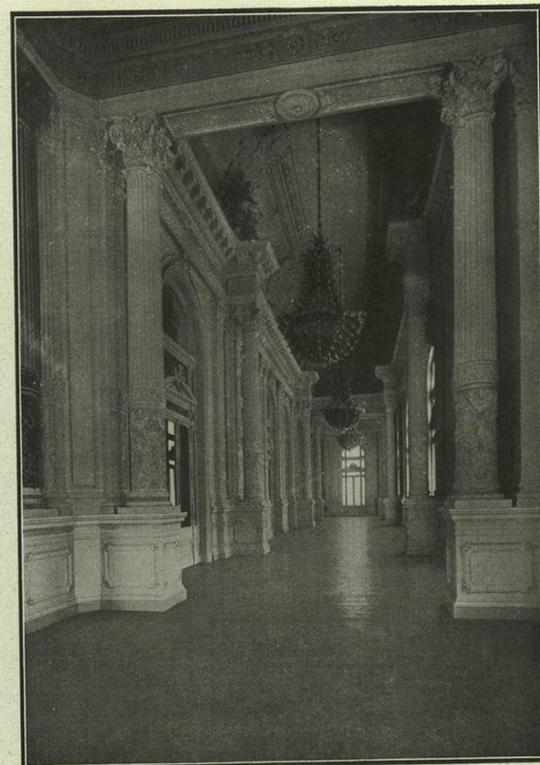
Esta impaciencia ofrece la excusa de un vehemente patriotismo. Los argentinos quisieran tener en su país el Gobierno más perfecto de la tierra, y ver resueltos en su vida nacional todos los problemas económicos y sociales que aun no ha solucionado Europa.

Lo mismo que el valor y la curiosidad, es la impaciencia (aun con todos sus defectos), una de las condiciones del carácter argentino que favorecen y aceleran el desarrollo nacional. Este carácter se muestra en la vida ordinaria esencialmente individualista y democrático. El argentino se lo debe todo á sí mismo, y puede aspirar á las más altas posiciones. La sociedad no le tiende la mano si cae, pero tampoco le opone obstáculos en su ascensión. Cada uno se abre camino según sus fuerzas. El nacimiento, que tanto influye en otros países, apenas si se tiene en cuenta en esta tierra de antiguos hidalgos coloniales. Se ve á muchos jóvenes ocupar posiciones ó adquirir fortunas en las que jamás soñaron sus padres. Éstos quedan en la misma situación que tenían antes del triunfo de sus hijos.

Las distinciones y vanidades de Europa no se comprenden ni se conciben en esta democracia. Familias antiguas, que descienden de la más rancia nobleza de España, han olvidado su origen en este ambiente igualitario y sonreirían si alguien las propusiese reclamar sus venerables títulos. Es muy raro que las ricas herederas de Buenos Aires pretendan casarse en Europa con príncipes ó duques arruinados, como las millonarias norteamericanas. Los blasones no las tientan. Saben, además, que los títulos históricos no dan en la Argentina republicana un nuevo prestigio; antes bien, son objeto de la fina burla criolla. Entre las águilas heráldicas y las vacas y las ovejas de las estancias, prefieren á estos animales, menos altivos y más útiles.

* * *

La mujer tiene una importancia enorme en la vida argentina. «La influencia de la mujer — ha dicho un escritor — se engrandece en las democracias. A medida que se borran las distinciones, que se suavizan los lazos sociales y las palabras de nobleza, burguesía y pueblo pier-



BUENOS AIRES. VESTÍBULO DEL TEATRO DE COLÓN



BUENOS AIRES. GALERÍA ALTA DEL TEATRO DE COLÓN

batientes desfallecidos, cuidaban á los enfermos, cargaban los arcabuces, «ponían fuego en los versos», sargenteaban en los combates, hacían frente al tigre y no encontraban servicio, por duro que fuese, capaz de intimidarlas.

Se vió á las damas porteñas en la semana de Mayo de 1810, vestidas de azul y blanco, entrar en los cuartos de banderas de los cuarteles para exhortar á los oficiales de milicias en favor de la causa popular. Ellas decidieron al fluctuante coronel Saavedra á colocarse enfrente del virrey. La revolución fué obra suya. Hasta se privaron de ciertos gastos destinados al embellecimiento de sus personas para dedicar los ahorros á la compra de fusiles.

Su influencia en el hogar y en la vida política y sus servicios á la patria, que acababa de constituirse, fueron reconocidos públicamente. Bernardino Rivadavia, organizador civil de la República, quiso que la mujer desempeñase oficialmente un papel semejante al que tenía en el interior del hogar, y decretó la creación de un Consejo superior de damas, con el título de «Sociedad de Beneficencia». Esta organización vive aún rica y floreciente. Exceptuando la época de Rosas, en que fué disuelta, como todo lo que recordaba el gobierno progresivo de los unitarios, la «Sociedad de Beneficencia» viene funcionando tres cuartos de siglo, poderosa y respetada como un Estado dentro del Estado. Después del Presidente de la República, pueden reputarse como subjeses nacionales el presidente del Consejo Nacional de Educación y la presidenta de la Sociedad de Beneficencia.

Rivadavia confió á las señoras la dirección y administración de las escuelas de niñas, así como de los hospitales y asilos de huérfanos y ancianos: en una palabra, todas las fundaciones en beneficio de la mujer y de la infancia. El ilustre gobernante, al crear este organismo,

den su significación, la mujer propende á dominar este océano igualitario, donde todas las ambiciones se entrechocan y confunden.» En las democracias, la mujer protege á la sociedad de errores y excesos, con su prudencia instintiva. Los países democráticos, por obra de sus leyes emancipadoras, achican la autoridad del padre de familia, pero al mismo tiempo aumentan dentro del hogar la influencia cariñosa de la madre.

En ningún país de América tuvo tanta importancia la mujer como en Buenos Aires al iniciarse la revolución de 1810. Las damas porteñas recordaron, con su viril arrojo, á Doña Isabel de Guevara y demás señoras venidas al Río de la Plata con la expedición de Don Pedro de Mendoza; nobles y valerosas hembras (las primeras blancas del país) que aguantaban el hambre para dar su pan á los com-

realizó, con sabia previsión, una gran economía para el Estado. Quinientos pesos anuales fué la cantidad señalada por todo presupuesto á la nueva institución; pero se contaba con la iniciativa hábil de la mujer y su poderosa influencia. Ella adquiriría, por cuenta propia, todo lo necesario para atender á los benéficos servicios.

Así ocurrió. La República ha ido entregando cada vez más dinero á la Sociedad de Beneficencia; pero los ingresos principales se los procuran las mismas damas por medio de



BUENOS AIRES. INTERIOR DEL TEATRO DE COLÓN

contribuciones indirectas, cobrando un tanto por ciento sobre las funciones de teatro, las carreras de caballos y toda clase de diversiones. Al reorganizarse la enseñanza, perdió el Consejo de señoras la dirección de las escuelas de niñas, pasando éstas á ser gobernadas por el Consejo Nacional de Educación. Ahora, sus ingresos los dedica en absoluto al sostenimiento de numerosos hospitales y asilos.

La Sociedad de Beneficencia es una de las instituciones argentinas más sólidas y mejor organizadas. La matrona porteña dedica á los servicios benéficos la misma atención que á su propia familia.

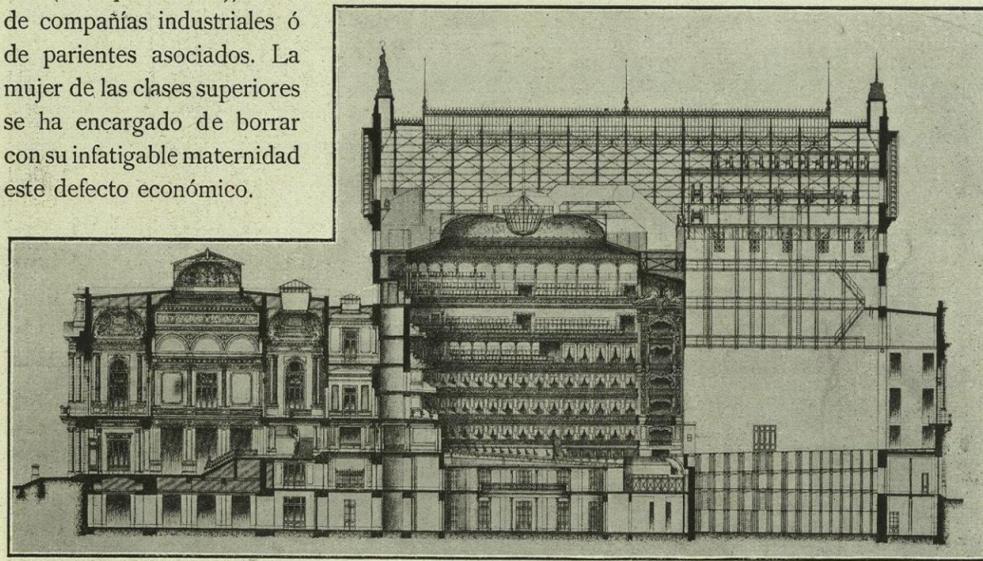
La autonomía de este Consejo femenino, que no depende de nadie, le ha hecho subsistir por encima de todos los dramas y choques de la Historia nacional. Algunas veces el grupo de respetables damas ha intervenido secretamente en bien del país para la conciliación de los partidos y el apaciguamiento de las pasiones, que amenazaban la tranquilidad pública.

* * *

El sentimiento de la maternidad domina en la mujer argentina.

Tiene esta República todas las condiciones para ser grande: sólo le falta población, y parece que la mujer, enterada de ello, se apresura á colaborar con sus entrañas en la grande obra nacional. El porvenir de la Argentina reside en los flancos de sus hembras, y éstas cumplen valerosamente el deber patriótico, secundadas por la naturaleza.

Pocas mujeres de la tierra tan fecundas y tan orgullosas de su abundante maternidad. Las familias son tan numerosas como las proles bíblicas. Con esto, al par que aumenta la población, se borra el absurdo de las grandes propiedades. La tierra se subdivide con rapidez, gracias á la mujer, y ganan con ello la prosperidad nacional y el trabajo. El propietario de una estancia de veinticuatro leguas tiene doce hijos, que ya no poseen más que dos leguas. Estos, á su vez, procrean una prole numerosa, obligada á fraccionar su herencia y á cuidar la tierra con más esmero. Antes de un siglo habrán desaparecido los estancieros en grande. Las propiedades enormes (si es que existen), serán de compañías industriales ó de parientes asociados. La mujer de las clases superiores se ha encargado de borrar con su infatigable maternidad este defecto económico.



TEATRO DE COLÓN (CORTE LONGITUDINAL)

Adopta la argentina todas las modas y hasta las modifica con una gracia especial. Es elegante por instinto, con arte espontáneo. Ama el lujo y se asimila lo más delicado del viejo mundo. Pero esta asimilación se mantiene dentro de los límites de lo material, pues repele las ideas demoledoras del feminismo europeo y se ríe de ellas. Su alma de criolla, en la que reviven escrúpulos y virtudes de las honradas abuelas, se aleja con repugnancia de ciertas novedades inmorales.

El matrimonio y la maternidad están en crisis en muchas naciones de Europa. Las jóvenes huyen del casamiento como de una esclavitud degradante, y si se casan, evitan tener hijos, viendo en esto una amenaza de fealdad y de enfermedades.

En Argentina, por el contrario, el matrimonio y la maternidad son dos instituciones cada vez más prósperas y robustas. Las mujeres se casan jóvenes y cumplen animosamente su función reproductora, con un orgullo entusiástico, igual al del militar que relata sus campañas y sus heridas en defensa de la patria.

Representa casi una inconveniencia preguntar en un salón de Europa á una señora de



EJÉRCITO ARGENTINO - CORACEROS